

18109
Octava Conferencia Mundial de la Federación Internacional de Planificación de la Familia, Santiago, Chile, 9 - 15 Abril 1967

SOLO PARA LA PRENSA

FAVOR DE NO PUBLICAR ANTES DE SU PRESENTACION EL LUNES 10 de ABRIL 1967 P.M.

Impacto del Crecimiento de Población en la Salud Mental

por

Profesor George M. Carstairs

Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Edimburgo

18109 Cuando los estadísticos nos ponen en guardia respecto a las consecuencias inevitables, en términos de población, y si permite que las tendencias actuales continúen sin frenación durante unas cuantas de las generaciones más próximas, nuestra primera preocupación se ha dirigido naturalmente a la cuestión fundamental de la supervivencia: bastarán los recursos del mundo para alimentar todos esos millones que se agreguen? Tan pronto como oímos los argumentos sobre este asunto, nos hallamos enfrentados con la cuestión siguiente: Cuál será la calidad de la vida que lleven los habitantes de un planeta tan hacinado?

En los siglos anteriores, la mayoría substancial de la humanidad no pudo procurarse el lujo de aspirar a un nivel alto de vida. Sobrevivir simplemente hasta la edad adulta tardía, al mismo nivel de subsistencia de los antepasados, constituyó suficiente fortuna. Desde los tiempos más precoces de las civilizaciones prehistóricas y hasta el momento actual, sólo la élite privilegiada se halló en posición, en casi todas las sociedades humanas, de cultivar sus sensibilidades y ensanchar los límites de la experiencia y de la comprensión humanas. En épocas tan recientes como el comienzo del siglo actual, las probabilidades mismas de sobrevivir más allá de la primera infancia eran aproximadamente dobles para los hijos de los ricos que para los hijos de los pobres de la misma ciudad. En todo el mundo la supervivencia se ha hecho mas generalmente alcanzable, tanto para el rico como para el pobre y ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, se están compartiendo la educación, la conciencia propia y la aspiración



301.426
Insd
no.26

a una experiencia de vida satisfactoria y significativa en una extensión creciente y ^{comprendiendo} la masa completa de la población.

Una vez que se hubieron evitado las enfermedades mortíferas y la amenaza de inanición, las gentes se hicieron inevitablemente cada vez más conscientes y más descontentas con las formas menores de incomodidad y de desgracia. Uno de los cambios más sobresalientes de morbilidad en los decenios recientes tanto en los países desarrollados como en desarrollo, ha sido el aumento aparente de neurosis y de alteraciones psicosomáticas. Estas enfermedades funcionales - que algunas personas preferirían considerar como manifestaciones de "problemas de vida" más bien que enfermedades - han sido reconocidas, desde antiguo, entre las clases privilegiadas. En 1689 Thomas Sydenham declaró ya que la mitad de sus pacientes no febriles, esto es un sexto de su clientela total, estaba formada por histéricos y, en 1733, George Cheyne determinó que un tercio de clientes era neurótico.

Sin embargo, tanto Sydenham como Cheyne eran médicos de moda, cuya clientela provenía de la minoría próspera de la sociedad inglesa de su época. Sydenham mismo observó que la historia era más común entre las mujeres de las clases adineradas que entre las que tenían que trabajar. Sólo en el momento actual, las clases trabajadoras se han hallado en condiciones de disfrutar el lujo de ser neuróticos; pero las encuestas recientes, sea en el Este (Lin, 1953,) sea en el Oeste (Srole et al., 1962) han demostrado que las tasas de casi todas las formas de enfermedades mentales son ahora más altas entre las secciones menos privilegiadas y más deprimidas social y económicamente dentro de las sociedades contemporáneas.

Debe subrayarse que el aumento muy marcado en la "visibilidad" de las perturbaciones mentales en la mayor parte de los países del mundo es debida parcialmente al mejor control de las infecciones y de otras enfermedades físicas de gravedad. La neurosis es un subproducto de la elevación de niveles en la expectativa de la calidad de experiencia vital; puede actuar, por tanto, como un incentivo que robustezca más aún los niveles de vida, siempre que, por cierto, se tomen medidas para remediar los factores adversos del

ambiente hacia los cuales han atraído nuestra atención los síntomas de neurosis.

Aquí nos hallamos afrontados con un asunto vital: cuáles serán, para la salud mental, las consecuencias de un aumento masivo de las poblaciones humanas?

Hasta este momento la ciencia de la conducta humana no se encuentra suficientemente desarrollada para ser capaz de contestar esta pregunta con precisión ni siquiera con confianza. No obstante, es posible aprender que los estudios entre animales, tanto en sus ambientes naturales como bajo condiciones experimentales y observar así algunas consecuencias aparentemente invariables del hacinamiento extremo: con las precauciones necesarias, se pueden inferir repercusiones similares del hacinamiento para el hombre. Existen asimismo numerosas observaciones directas, en las poblaciones humanas, sobre las relaciones recíprocas entre el hacinamiento y algunos índices de salud mental, a base de los cuales se puede predecir, con mayor confianza, las consecuencias probables del hacinamiento en una escala todavía mayor.

Estudios de la conducta animal.-

A primera vista, parecería que se puede aprender mucho de las observaciones en algunas especies, tales como los roedores del Artico y los ratones de campo, que están sujetos a fluctuaciones periódicas del tamaño de la población. Se demuestra, sin embargo, que estas fluctuaciones son determinadas por factores del ambiente mas bien groseros, tales como la dotación de alimentos o la infección, que predominan en importancia sobre las relaciones recíprocas de orden social. Por otra parte, el trabajo de los etólogos nos ha enseñado muchísimo sobre las acciones recíprocas entre las propensiones biológicas e innatas y las experiencias aprendidas de muchas especies animales. En un nivel relativamente crudo, estos hechos pueden ser demostrados por las modificaciones del tamaño y de la actividad de las glándulas suprarrenales de los animales. Estas glándulas juegan un papel esencial en la respuesta de un animal a las coacciones, sea que luche o que emprenda la fuga.

Existen diferencias conspicuas entre el tamaño de las glándulas suprarrenales de las ratas salvajes respecto a las ratas que han sido criadas en cautividad durante generaciones, en cuanto estas últimas tienen glándulas mucho más pequeñas. Cuando se enjaulan las ratas salvajes y se les permite reproducirse, se haya aparente en unas cuantas generaciones una disminución en el tamaño de las glándulas.

La actividad de las glándulas suprarrenales es estimulada por las reacciones, recíprocas de orden social y, en especial, por el desafío de un ataque y la necesidad de contraatacar en defensa propia. Es interesante advertir que la calidad de la respuesta a la coacción adquiere un caracter diferente en el animal que resulta victorioso en la prueba. Este animal va robusteciéndose cada vez más y va siendo capaz de afrontar una batalla tras otra y, en el intervalo entre las luchas, su potencia sexual se halla a un nivel alto. En contraste el animal que sufre una serie de derrotas se debilita, aún cuando no sufra daño físico evidente y es, además, menos activo sexualmente. El biólogo, S.A. Barnett (1964) ha resumido esta reacción en los términos siguientes: "evidentemente la respuesta corporal a la humillación se parece, en algunos aspectos, al peligro para la vida o para la integridad corporal".

De ordinario el vencido en estas competencias es capaz de sobrevivir huyendo del escenario de la lucha y privándose, más adelante, de desafiar a su vencedor; pero se dan situaciones, tanto en el estado salvaje como de cautividad, en las cuales los animales no pueden escapar y se ven afrontados repetidamente por la amenaza de una competencia en la cual están condenados a la derrota. Existen observaciones bien documentadas en las ratas de muertes repentinas de los animales más débiles en tales circunstancias y, en ellos, las autopsias más cuidadosas no han logrado demostrar ninguna patología orgánica que explique estos decesos (Barnett, 1964). Se puede encontrar una analogía en las observaciones de la toxicidad de las anfetaminas cuya acción es similar a la que ejerce la adrenalina, que es la secreción de la parte medular de la glándula suprarrenal. Una dosis relativamente pequeña de anfetamina demuestra ser fatal para una rata que está encerrada en una jaula con muchos otros

congéneres, en tanto que una rata que es mantenida en aislamiento puede sobrevivir a dosis de anfetamina hasta 4 veces mayores. Se supone que el efecto de la droga es reforzado considerablemente, en esa primera situación, por numerosas reacciones recíprocas y las tensiones frente a otras ratas, cada una de las cuales estimula la entrega de mayor cantidad de adrenalina hasta que sobreviene el agotamiento completo.

Naturalmente, estos casos representan ejemplos extremos de estimulación exagerada. Muchas especies de animales y de pájaros han desarrollado modelos de conducta para la protección propia que cuidan de que no sobrevengan estos extremos. Típico de este modelo de conducta es el "orden de picoteo" o el estado jerárquico, en virtud del cual un grupo de animales que se encuentra con otro regularmente lucha con él, en un primer momento y, después, se ponen mutuamente de acuerdo sobre un orden de jerarquía. Desde ese momento, el animal de condición inferior se somete invariablemente cuando afronta el desafío de otro animal de rango superior. Wynne-Edwards (1962) y Layhausen (1965) han demostrado que estas jerarquías pueden ser absolutas y en ellas cada miembro del grupo permanece invariablemente en la misma situación respecto a sus congéneres o relativa y en ella los grados de superioridad de uno sobre otro puede cambiar bajo distintas circunstancias de tiempo o de lugar. Existen más probabilidades de hallar jerarquías absolutas cuando los animales de un grupo comparten el mismo espacio vital y las relaciones se definen con más claridad cuando dicho espacio es reducido.

Se ve con máxima nitidez el dominio relativo en los animales que poseen territorios individuales. Cuando se encuentran en el terreno propio, suelen ser capaces de vencer a un intruso y obligarlo a retirarse, en tanto que si son desafiados por el mismo individuo en su territorio de residencia, ellos, a su vez, se declaran derrotados. Parece que no sólo las aves, sino también la mayoría de los mamíferos (incluyendo al hombre) exhiben esta misma conducta respecto al territorio. No solamente los equipos de football, sino también todos nosotros, tenemos tendencia a conducirnos con máxima eficacia en nuestro propio terreno - tanto mental como físico - y ofrecer re-

sistencia a quienquiera se aventure a desafiarnos en él. Los naturalistas han reconocido en la conducta territorial y en los distintos grados de dominación que se relacionan con el centro y la periferia del territorio, un mecanismo autoregulador que asegura un grado óptimo de dispersión de las especies.

Cuando algunos animales, como los gatos domésticos, que gozan habitualmente de una libertad bastante grande de movimiento, son reunidos estrechamente en un espacio limitado, tiende a emerger un "déspota" singularmente tiránico, que mantiene a todos los demás bajo el terror y uno o mas individuos a quienes Leyhausen (1965) denomina "parias", que se hallan en el peldaño mas bajo de la jerarquía. Se nota que estas criaturas desafortunadas son conducidas a la desesperación y a conducta neurótica de toda clase por el ataque continuo y sin piedad de todos los otros". Si bien estos "parias" se llevan la peor parte, se ve que toda la comunidad de gatos sometidos a un confinamiento tan severo parecen sufrir. Estos gatos "raramente se hallan en estado de reposo, nunca aparecen tranquilos y hay un continuo maullar, gruñir y aún peleas. Los juegos se detienen completamente y se reducen a un mínimo los movimientos y el ejercicio".(Ibid).

Estos hechos representan claramente la situación patológica de orden social en la cual el hacinamiento y el confinamiento conspiran para acentuar las confrontaciones perturbadoras entre individuos. Otro observador estudió la conducta de colonias de ratas bajo grados diferentes de sobrepoblación y se advirtió que cuando el hacinamiento llega al máximo, las relaciones recíprocas y forzadas de orden social contrarían la satisfacción de necesidades biológicas tan básicas como la alimentación, la construcción de guaridas y el cuidado de los hijos. Normalmente las ratas madres cuyas guaridas son perturbadas transportan sus crías, una a una, a un lugar de seguridad, pero en los corrales hacinados se pierde este modelo de conducta y el cuidado maternal de la rata se hace tan defectuoso que, en un experimento, el 80 por ciento y, en otro, el 96 por ciento de todas las crías murieron antes de alcanzar la fase de madurez. Entre los machos, algunos llegan a situarse por

encima de sus congéneres, en tanto que otros manifiestan numerosas perturbaciones de conducta. Entre ellos dos modelos son particularmente notables: algunos machos parecen prescindir enteramente de las relaciones recíprocas de naturaleza sexual y social y se refugian, a solas, en la periferia del grupo, en tanto que otros adquieren una parasexualidad morbosa y copulan con las ratas hembras, sean receptivas o no, y cuando creen poder hacerlo sin ser atacados por los machos dominantes. Estas ratas hiperactivas contravienen muchas de las normas de conducta de su grupo, convirtiéndose aún en caníbales frente a sus propios descendientes (Calboun, 1963).

Ciertamente hay mucha distancia entre la conducta de las ratas y los gatos respecto a los seres humanos; pero las observaciones sobre la conducta de los primates superiores adquieren significado más inmediato. Los estudios recientes en simios y monos en su hábitat natural han modificado considerablemente los pre-conceptos anteriores sobre la frecuencia, tanto de la pelea como de la actividad social, que se basaban en observaciones de monos en cautividad. En estado libre, actúan mecanismos protectores que ejercen control sobre la frecuencia de ambos tipos de conducta; pero cuando los grupos de primates sobrepasan sus territorios, aumenta la frecuencia de las disputas y las peleas (De Vore, 1965). La conducta de los monos enjaulados, a base de la cual Zucherman (1932) formuló sus generalizaciones sobre la conducta de los primates, ha demostrado ser únicamente una parodia de su conducta al estado natural, esto es el producto de hallarse confinados en condiciones de hacinamiento y sin posibilidad de escapar. Sin embargo, en las poblaciones humanas pueden establecerse fronteras por medio de instituciones sociales por la comunicación de actitudes y valores y estas fronteras pueden, bajo determinadas circunstancias, crear una sensación de confinamiento que no es menos desmoralizador que las barras de una jaula.

Observaciones en seres humanos.-

Resulta acaso significativo que Leyhausen y Lorentz, los dos naturalistas que han dedicado mayor atención que casi todos los otros a los efectos disociadores del hacinamiento - sufrieron ellos mismos la experiencia

dolorosa de estar confinados estrechamente durante varios años en un campo de concentración para prisioneros de guerra. Corroborados por otros testigos médicos y psiquiátricos (por ejemplo Bettelheim, 1953, Cochrane, 1946, Gibbens, 1947) sus observaciones personales fueron que, cuando un grupo de hombres es encerrado en espacios confinados durante muchos meses tienden a hacerse hiper-irritables y a considerar los pequeños manerismos de los otros realmente intolerables.

Como las observaciones en gatos y ratas enjaulados, también éstas representaban condiciones extremas y, sin embargo, hay que darse cuenta que existen muchos grupos empobrecidos en el mundo cuyas condiciones de vida son escasamente mejores en el mundo actual. Seguramente pueden escapar, en teoría, de sus ambientes; pero, en la práctica, la "cultura de pobreza" puede generar un sentimiento de desesperanza y aún hacerlos incapaces de escapar (Lewis, O. 1959). Se siente uno tentado a trazar una analogía entre la rata que está sujeta a una serie de defectos físicos o con los "parias" de una colonia hacinada de gatos y los miembros de familias problemas en los arrabales de nuestra ciudad que exhiben parecida incapacidad para lograr una adaptación social con éxito. Hace muchos años, Faris y Dunham (1939) llamaron la atención sobre la concentración ecológica de ciertas formas de enfermedad mental en aquellas partes de una ciudad mayor en que era mas marcada la desorganización social o la anomia, que Durkheim (1897) había descrito con anticipación. Investigaciones ulteriores han puesto en tela de juicio las afirmaciones específicas de que la esquizofrenia es generada por las condiciones de vida en una comunidad socialmente desorganizada; pero muchos otros estudios han confirmado su demostración de que el alcoholismo, la ilegitimidad, el divorcio, la delincuencia y muchas otras formas de patología social son mas prevalentes en dichas áreas.

Quedan todavía, sin embargo, contrastes interesantes entre las correlaciones sociales del suicidio y de los intentos de suicidio, respectivamente, tales como se les observa, al menos, en las ciudades del mundo occidental. Las tasas de suicidio alcanzan su máximo en las áreas en las cuales mucha

gente vive en un estado de aislamiento social, privados del respaldo de la familia o de cualquier otro grupo primario. Por otra parte, los estudios sobre intentos de suicidio han demostrado que la correlación social mas importante está constituida por el hacinamiento. Típicamente la persona que hace un gesto suicida sin efectos letales ha sido abrumado, mas allá de toda tolerancia, por fricciones repetidas dentro del grupo doméstico en habitaciones hacinadas y estrechas. Como en el ejemplo de la resistencia de las ratas a las dosis de anfetamina, se puede ver aquí la acción mutuamente reforzadora de factores múltiples. Una mayoría de los que intentan suicidarse son hombres y mujeres relativamente jóvenes que han iniciado su vida en circunstancias desfavorables y que han tenido figuras de padres inestables o ausentes. A su vez, estos pacientes tienden a experimentar gran dificultad para establecer relaciones interpersonales estables: suelen ser, al mismo tiempo, exigentes y desconsiderados con los otros, y ellos mismos emocionalmente inmaduros y dependientes. Sus deficiencias los inducen a buscar compañeros de los cuales esperan derivar apoyo; pero, con demasiada frecuencia, el socio que eligen presenta una deficiencia de la misma clase; en lugar de satisfacer recíprocamente sus necesidades de dependencia, estos infelices sólo consiguen empeorar su condición mutua. También a menudo se entregan a la bebida o a las drogas para atenuar su necesidad de dependencia y ellas a su vez, empobrecen mas aún la capacidad para formar relaciones personales que sean fructíferas (Kessle y McCulloch, 1965). En años recientes, los países se han visto obligados a hacer recuentos de sus tasas crecientes de alcoholismo, delincuencia e intentos de suicidio, que indican que un número progresivo de ciudadanos se sienten, en nuestras grandes ciudades, enajenados de sus metas y de los premios a que sus conciudadanos aspiran. El enajenamiento es tan profundo que no abrigan esperanzas de ser capaces alguna vez de volver a la corriente principal de la humanidad.

La enajenación y la desesperanza son productos de situaciones extremas, como las que ocurrieron, por ejemplo, en las sociedades grotescas y condenadas de los campos de concentración nazistas. Si no la mayoría, muchos

de los prisioneros de tales campos experimentaron la renuncia de sus normas habituales de conducta y de sus valores y se convirtieron en desorientados completos por efectos de las condiciones inhumanas bajo las cuales se les obligó a vivir (Eitinger, 1961).

En el curso de la historia humana han sobrevenido crisis de enajenamiento frente a la participación en la vida de sus contemporáneos. Después de privaciones prolongadas, sus descontentos explotaron, a veces en forma de estallidos revolucionarios, que determinaron la creación de un orden social nuevo; pero en otras ocasiones, las masas de desposeídos, carentes de conductores, se han manifestado más que dispuestas a convertirse en víctimas de demagogos mentalmente inestables, pero con carisma, que les prometieron librarlos mágicamente de sus miserias. Cohn (1957), el historiador, ha mostrado con qué frecuencia los períodos de disociación social y económica ha terminado, en la historia de Europa, que poblaciones extensas se hayan sentido atrapadas y victimizadas: sin excepción, estas secciones enajenadas de la sociedad han recurrido finalmente a la violencia. El mismo fenómeno ha ocurrido repetidamente en tiempos modernos cuando la velocidad de los cambios políticos ha superado a la capacidad de la sociedad para satisfacer las expectativas recientemente despertadas en sus miembros. Cuando los niveles de vida desciendan realmente, por efectos de la sobrepoblación creciente, en el momento mismo en que han surgido las aspiraciones de la gente, se habrá establecido el escenario para los estallidos colectivos de violencia e irracionalidad (Worsely, 1957).

Es imperativo reconocer la gravedad de esta amenaza, porque la humanidad posee hoy armas tan destructivas que el mundo no se puede permitir el riesgo de estallidos de violencia de masa; y, sin embargo, las lecciones de la historia enseñan que un desastre así puede ocurrir, a menos que pueda lograrse el control de la población antes de que las enormes comunidades humanas degeneren en un remedo de campos de concentración o en la condición de los monos patológicamente beligerantes de Zuckermann.

R E F E R E N C E S

- BARNETT, S. A. (1964). The biology of aggression. *Lancet*, *ii*. 803.
- BETTELHEIM, B. (1963). Individual and mass behavior in extreme situations. *J. abnormal and soc. Psychol.*, *58*. 417.
- CALHOUN, J. B. (1963). Population density and social pathology. (In Duhl, L.J. The Urban Condition. New York: Basic Books.)
- COCHRANE, A. L. (1944). Notes on the psychology of prisoners of war. *Brit. med. J.*, *i*, 282.
- COHN, N. (1957). The Pursuit of the Millenium. London: Secher and Warburg.
- DE VORE, I. (1965). Primate Behavior. New York: Treubner King.
- DURKHEIM, E. (1897). Le Suicide. Paris.
- EITINGER, L. (1961). Concentration Camp Survivors in Norway and Israel. Allen and Unwin.
- FARIS, R. E. L. and DUNHAM, H. W. (1939). Mental Disorders in Urban Areas. Chicago University Press.
- GIBBENS, T. C. N. (1947). The Psychology and Psychopathology of the Prisoner of War. M. D. thesis, University of London.
- KESSEL, W. I. N. (1965). Self-Poisoning. *Brit. med. J.*, *ii* 1265 and 1336.
- KESSEL, W. I. N. and McCULLOCH, J. W. (1966). Repeated Acts of Self-Poisoning and Self-Injury. *Proc. Roy. Soc. Med.*, *59*, 89.
- LEWIS, Oscar. (1959). Five Families: Mexican Case Studies in the Culture of Poverty. New York Basic Books.
- LEYHAUSEN, P. (1965a). The communal organization of solitary mammals. *Sym. rey. Soc. Lond.*, *14*, 249.
- LEYHAUSEN, P. (1965b). The same community - a density problem? *Discovery*, September, 1965.
- SROLE, L. LANGNER, T. S., MICHAEL, S. T., OPLER, M. K. and RENNIE, T.A.C. (1962). Mental Health in the Metropolis. New York: Mc Graw Hill.
- WORSLEY, P. (1957). The Trumpet Shall Sound. Lon on MacGibbon and Kee.
- WYNNE-EDWARDS, V.C. (1962). Animal Dispersion in Relation to Social Behavior. Edimburgh and London Oliver and Boyd.
- LIN, T. Y. (1965). A study of the incidence of mental disorder in Chinese and other cultures. *Psychiatry*, *16* 313.
- ZUCKERMANN, P. G. (1932) The social life of monkeys and apes. London: Kegan Paul.

